



THOMAKAKIS MANOLIS
GAIOCARDIUM



En el árbol
fluye la vida:
¡abracémoslo!



Un niño abraza el tronco: una invitación a amar y proteger los árboles

Un niño abraza el tronco de un árbol mientras sostiene un gran corazón rojo. La escultura de madera de Manolis Thomakakis reproduce un gesto de profundo significado: deberíamos proteger todo aquello que nos sostiene, la vitalidad y la sacralidad del mundo vegetal. En el tronco fluye la savia vital; entre el ser humano y la naturaleza que lo rodea existe un vínculo que debe ser reafirmado constantemente.

Tras muchos años de silencio creativo, el escultor de origen griego Manolis Thomakakis vuelve a crear con una invitación a cuidar los bosques y a la Madre Tierra. Salvemos los árboles, amémoslos: el mundo sediento y quemado los necesita. Para purificar la atmósfera terrestre y restablecer los equilibrios naturales y humanos perdidos, los científicos dicen que deberíamos plantar al menos dos mil millones de árboles en el planeta. Los árboles viven, respiran y purifican.

La estatua y sus múltiples versiones —estas últimas en material sólido no degradable— están destinadas a colocarse al aire libre, en el tronco de un árbol, en jardines públicos o privados, en pequeños huertos o espacios comunes. Quien levante la mirada y los encuentre debería redescubrir su vínculo ancestral con la naturaleza, sentir un impulso amoroso hacia el bosque que nutre y protege a todas las criaturas.

En este folleto aparecen algunas imágenes que muestran cómo la obra fue realizada con motivo del VI Simposio Nacional Griego de Escultura en Madera, organizado por el Municipio de Hersonissos, en el bosquecillo junto al Ayuntamiento, del 19 al 25 de septiembre de 2025, hasta su colocación final en el árbol.

En el árbol fluye la vida: ¡abracémoslo!

Interpretación de la escultura de madera del niño que ata un corazón al tronco del árbol

Un niño descalzo, encaramado a un árbol frondoso, ata al tronco un gran corazón rojo de madera: la pequeña estatua evoca el vínculo profundo y armonioso de paz e interdependencia que une al ser humano con el mundo animal y vegetal.

El niño representa la pureza, la simplicidad y la capacidad de creer y actuar sin egoísmo. Los pies descalzos indican el contacto gratificante con la Madre Tierra, la confianza en el mundo natural, la vulnerabilidad que se convierte en fuerza. El árbol vivo, arraigado y abierto al cielo, es un símbolo antiguo de la vida, la prosperidad y la conexión del ser humano con la Naturaleza.

El gesto del niño no es casual: ata un corazón al tronco, ofrece amor al árbol en una imagen que es expresión de afecto y protección. Es un acto de cuidado, un don gratuito. No toma, no rompe: ofrece, y ese rojo vivo del corazón colgado brilla como una señal de esperanza.

En un mundo a menudo herido por la indiferencia y

la destrucción, esta escultura nos recuerda que la verdadera revolución empieza con la ternura. La paz no se impone: se cultiva. Quizás, como enseña este niño, aún podamos aprender a hacer latir muchos corazones.

El niño como símbolo de la humanidad

El niño representa a la humanidad en su forma más pura e inocente. Es curioso, valiente y lleno de esperanza, pero también frágil y necesitado de protección. El hecho de que esté trepado a un árbol sugiere una conexión profunda con la naturaleza, como si buscara acercarse a algo más grande que él.

Interpretación ecológica

El niño con el corazón en las manos representa el amor por la naturaleza. Ese gran corazón nos exhorta a cuidar el planeta con el mismo afecto y la misma dedicación con que el niño entrega el corazón. Es una invitación a proteger y preservar la belleza que nos rodea.



Las fases
de la elaboración
de la escultura

El árbol como símbolo de la vida y de la Tierra

El árbol es símbolo de vida y de conexión con la Tierra. Es un icono poderoso en la narrativa ecológica. Representa la vida, el crecimiento, la resiliencia y la interconexión de todos los seres vivos. Sus raíces profundas simbolizan nuestros orígenes, mientras que sus ramas que se extienden hacia el cielo representan el futuro y las posibilidades infinitas.

Equilibrio entre emoción y racionalidad

El niño sobre la rama representa la racionalidad y la estabilidad del árbol, mientras que el gran corazón simboliza el mundo emocional. La imagen sugiere la necesidad de encontrar un equilibrio entre el corazón y la mente en la vida.

La posición elevada

El niño está en lo alto, sobre el tronco del árbol: ofrece una visión más amplia, una perspectiva que va más allá de lo inmediato. Desde allí arriba puede ver el mundo en su totalidad, comprendiendo la importancia de cada elemento: los árboles, los ríos, los animales, el aire.

Interpretación filosófica

El niño en el árbol con el corazón en las manos es una alegoría de la búsqueda de la esencia del amor. El corazón, grande y pesado, representa el peso de la responsabilidad que implica amar, pero también la alegría que de ello se deriva.





El árbol, con sus raíces en la tierra y sus ramas que rozan el cielo, simboliza la dualidad de la existencia: el amor es a la vez terrenal y trascendente.

El gran corazón como símbolo del amor por la Naturaleza

El corazón que el niño sostiene es el núcleo de la escena. Representa el amor, la compasión y la responsabilidad que debemos tener hacia el planeta. Es grande porque el amor por la naturaleza debería ser inmenso, capaz de abrazar cada forma de vida.

El amor como única verdadera certeza

El niño está sobre una rama, una posición inestable, pero sostiene con firmeza un gran corazón. Esta

disposición sugiere que, incluso en situaciones inciertas o difíciles, el amor es lo que nos da fuerza y estabilidad.

Un puente entre pasado y futuro

El árbol puede verse como algo antiguo y arraigado, mientras que el niño representa el futuro. El corazón es el hilo emocional que conecta las generaciones, el amor que atraviesa el tiempo.

Un símbolo de renacimiento y transformación

El niño ata el corazón al tronco como si fuera una semilla que crecerá y se convertirá en algo mayor. El amor nunca se agota: se transforma y continúa viviendo.

MANOLIS THOMAKAKIS

Nació en Heraclión, Creta (Grecia), en 1958. Se trasladó a Venecia en 1977, donde asistió a la Academia de Bellas Artes, se graduó en pintura y se especializó en técnicas de grabado. En 1985 realizó para el Municipio de Heraclión una escultura de hormigón armado que fue colocada en la plaza Panagulis. La obra representaba un tronco quemado del cual surgía “el grito figurado del alma del bosque”. De este modo sensibilizó a la opinión pública sobre las catástrofes provocadas por los incendios en los bosques de Creta y contribuyó a la defensa del verde que quedaba.

Tras varias vicisitudes, la obra fue destruida; cuarenta años después, en septiembre de 2025, la reconstruyó y la donó al Municipio de Hersonissos, añadiendo, con su propio estilo, la esperanza de que los bosques puedan florecer de nuevo, contribuyendo así a la defensa de la naturaleza restante.

Miembro de la
Cámara de Artistas Griegos,

es cofundador del
movimiento de
investigación multidimensional
La Cosmostruttura.

De 1988 a 2025 trabajó
en el Instituto Helénico
de Estudios Bizantinos y
Postbizantinos
de Venecia.

Vive y trabaja
en Spinea (VE - I).

Profundizó su investigación
viajando por Oriente y
comprendiendo que
el arte es
una manera de
expresar lo Inexpresable:
así revalorizó todas sus etapas
artísticas, que ahora interpreta como
una búsqueda de sí mismo en relación
con el mundo fenomenológico y natural.

**Esta escultura,
en diversas formas,
será propuesta en áreas
donde la naturaleza sufre.**

**Deseo realizarla
y ofrecerla gratuitamente.**

